

Petersburgo, al cuartel. Y al otro día, según las palabras de San Siluan, sintió, que a su alrededor "lo cubría una llama de fuego." Regresó a su casa y permaneció ahí solo una semana. Rápidamente juntó algunos regalos para el monasterio, se despidió de todos y viajó a Athos. Pero, desde el día en que el padre Juan de Kronstadt empezó a rezar por él, "la llama de fuego" estaba alrededor suyo siempre, en todo lugar al que iba.

(Continúa la semana próxima)

Los Ocho Pensamientos Viciosos

1. La Continencia del Estomago

(...) para lograr una pureza perfecta del alma, no es suficiente con abstenerse de alimentos, sino que otras virtudes son necesarias. Mucho beneficia a la humildad la obediencia en el trabajo y la fatiga del cuerpo, así como beneficia el mantenerse lejos del amor por el dinero, lo que no significa sólo no tener dinero, sino también evitar desearlo ansiosamente: esto es lo que guía al alma realmente a la pureza. El abstenerse de la cólera, de la tristeza, de la vanagloria, de la soberbia, son todas cosas que producen la pureza global del alma. En cuanto a esa particular pureza del alma, fruto de la templanza, la misma se obtiene con la continencia y con el ayuno (...)

2) El Espíritu de la Fornicación

(...) Custodiaremos, pues, así nuestro corazón; cuando, por ejemplo, se forma en nuestra mente la imagen de una mujer, producida por la astucia diabólica, aunque se trate de una mujer pía, ahuyentémosla de nuestro corazón enseguida, para que no suceda que, si nos entretenemos mucho en tal recuerdo, el Seductor que nos empuja hacia el mal, a partir de éstas imágenes, haga a posteriori resbalar y precipitar nuestra mente en pensamientos turbios y perniciosos. El mandamiento mismo que Dios había dado al primer hombre ordenaba cuidarse de la cabeza

de la serpiente, es decir, de la primera aparición de los pensamientos peligrosos, mediante los cuales trata de meterse dentro de nuestras almas. Si acogemos su cabeza, es decir, el primer estímulo del pensamiento, terminaremos por aceptar el resto del cuerpo de la serpiente, esto es, daremos nuestro consentimiento al placer. Y después de esto, él llevará nuestra mente a realizar la acción ilícita (...)

Casiano el Romano al Obispo Castor
(Continúa la semana próxima)

40º aniversario de la Comisión de Damas de la Santa Cruz

El pasado domingo 14 de septiembre, Monseñor Siluan celebró la Divina Liturgia en la Catedral San Jorge conmemorando la Fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz y el Cuadragésimo aniversario de la Fundación de la Comisión de Damas de la Santa Cruz. Dicha comisión fue fundada en 1968 por S.E.R. Monseñor Meletios Swaity (de eterna memoria) a quien se recordó en el oficio de funeral junto con todos los miembros fallecidos de la Comisión. El oficio de acción de gracias recordó a todas las damas de la comisión que día a día trabajan por la Catedral. Por ello, al finalizar la Liturgia, Monseñor hizo entrega de una placa conmemorando tan alegre acontecimiento y deseando conmemorar muchos años más mientras que la Comisión sirvió un vino de honor en el Salón de la Catedral ante la presencia de distintos representantes de la colectividad sirio libanesa en Buenos Aires y los fieles ortodoxos de la Catedral.

Los evangelios de la semana

Lunes 22:	San Lucas 3:19-22
Martes 23:	San Lucas 1:5-25
Miércoles 24:	San Lucas 10:38-42; 11:27-28
Jueves 25:	San Lucas 4:16-22
Viernes 26:	San Juan 19:25-27; 21:24-25
Sábado 27:	San Lucas 4:31-36
Domingo 28:	San Lucas 5:1-11



La Voz del Señor

Año VII - Nro 38 - 21 de setiembre de 2008
Domingo posterior a la Exaltación de la Santa Cruz

Llevar la propia cruz

"El que quiera venir en pos de mí,
Niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame"

Casi todos los cristianos quieren ser aliviados en su cruz; son muy pocos los que piden aprender llevarla. Se apuran cuando reciben algún golpe fuerte, alguna cruz. ¡Increíble! Nos quejamos acerca de la cruz que tenemos, pero no somos concientes de que nos está preparando para el barranco en la carretera que Dios puede ver y que nosotros no podemos prever, así como lo ilustra este relato.

En efecto, alguien observaba cómo la gente llevaba sobre sí su cruz en el camino de la vida. Entre ella, una persona se quejó del peso de la cruz pidiendo a Dios: "Oh Señor, está muy pesada, por favor saca un poco de ella". Luego, él mismo sacó una sierra y cortó un poco del pie de la cruz. Se fue caminando silbando y logró adelantarse así a los demás. Después de un tiempo, empezó a quejarse de nuevo diciendo: "Oh Señor, corta un poco más, pues seré más capaz de llevarla". Otra vez, sacó la sierra y cortó un poco más del pie de la cruz. Siguió su camino con entusiasmo diciendo: "Oh Señor, muchas gracias". Silbando, precedió a los demás quienes llevaban sus cruces con mucha paciencia. Llegó a un barranco que se debía cruzar. Mientras pensaba qué hacer, llegaron los que estuvieron detrás, apoyaron sus cruces de lado a lado del barranco, pasaron sobre ellas a la otra orilla, y continuaron su camino.

Imitándolos, este hombre trató de poner su cruz de lado a lado del barranco, pero, lamentablemente, su cruz era ahora tan corta que se vio impedido de llegar hasta el otro lado. Se asustó por lo sucedido, se arrodilló e inclinó la cabeza en signo de desesperación.

Un análisis de nuestra realidad cotidiana demuestra la existencia de varias dificultades por nuestra parte para llevar la cruz. Es a veces difícil llevar la cruz de la compasión porque se necesita darse cuenta de la dificultad de los demás, su tragedia, su miseria, su necesidad, etc.; o llevar la cruz del perdón porque necesita borrar de su memoria todo recuerdo malo, no dejar ningún resentimiento en su corazón, y rezar tanto para sí como para la persona en cuestión; o llevar la cruz de la dádiva porque necesita ofrecer sin recibir recompensa o agradecimiento, y continuar ofreciendo a pesar que nadie está contribuyendo; o llevar la cruz de la paciencia porque necesita esperar hasta que llegue la hora de Dios, con la confianza absoluta en la providencia de Dios; o llevar la cruz de la humildad porque necesita desprenderse de la vana gloria, de su egoísmo, convicción, etc.; o llevar la cruz de la buena voluntad porque necesita vencer su propia desesperación, frustración, debilidad, etc.; o llevar la cruz de la oración porque necesita atención y entrega, tratando de juntar la mente dispersa; o llevar la cruz de los chismes y de la persecución porque necesita contestar el mal por el bien; o llevar la cruz de mantener la unión de un matrimonio, de proveer la educación necesaria a sus hijos, de superar una situación económica, de enfrentar su enfermedad o debilidad, de asumir una responsabilidad, etc.

Para llevar la cruz se necesita, en primer lugar, amor. Para crecer en el amor es necesario aceptar la cruz consciente, libre y amorosamente, no padecerla pasivamente y como una víctima. O sea, debemos estar "presentes" a la cruz. La cruz, antes que nada, tiene necesidad de nuestra presencia. Una presencia total, una adhesión

interior, y no sólo una presencia física. Estoy ausente de mi cruz, si no estoy con amor, sino sólo con lamentos y con una postura que apenas la soporta. Pero no basta esta primera presencia. La cruz, para madurar y fabricar al hombre nuevo en Cristo, necesita dos presencias, en comunicación continua entre sí. No existe cruz solitaria. La cruz hay que llevarla "entre dos". Una cruz solitaria es inhumana. Solamente una cruz compartida nos hace entrar en el dinamismo de la salvación: "*Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, que os aliviare*" (Mateo 11, 28).

En segundo lugar, llevar la cruz implica un cambio de perspectiva o de mentalidad, o sea adoptar la lógica de la cruz, la cual no coincide con la lógica humana. La lógica humana bajo la ley del pecado y del egoísmo busca lo propio, sea intereses, derecho, justicia, dignidad, descanso, placeres, etc., mientras que la lógica de la cruz, que es la lógica del amor, es un ejercicio continuo de decir tanto "*sí*" a Dios y al prójimo, como "*no*" a sí mismo y a sus pasiones pecaminosas. Es la lógica que las bienaventuranzas proponen.

La actitud de amor y el cambio de mentalidad se concretan en nuestra conducta al llevar la cruz con alegría. Amanece, pues, en nuestra conciencia, nuestro parentesco con el Crucificado. A partir de la Cruz del Señor entendimos que somos amados. Respondemos a este amor llevando nuestra cruz. Ante tal apertura nuestra, corresponde una presencia del Espíritu a nivel tanto vertical como horizontal. El Espíritu manifiesta nuestro parentesco, es nuestro cordón umbilical por el cual se realiza una simbiosis de amor y una transfusión de vida en lugar de la muerte, de la esperanza en lugar de la desesperanza, etc.

Por ello, fuera de la cruz no hay otra escalera por donde subir al cielo. La cruz no es para que la lleves al cuello, o la cuelgues de una pared; es para que te dejes crucificar. El príncipe de este mundo reina, por cualquiera forma nuestra

arrogancia, debilidad, miedo, etc. Hay que sacar este reino afuera para que Cristo y la cruz puedan reinar en nosotros. Lleva la cruz abrazada y apenas la sentirás; porque la cruz arrastrada es la cruz que pesa más. Llévela de manera espiritualmente correcta, pues su yugo será "*blando*" y su carga "*ligera*" (Mateo 11, 30). Llévela con rostro alegre, dando gracias al Señor. Amén.

+ **Metropolitá Siluan**

Tropario de la Resurrección (Tono 5)

“Alabemos, nosotros fieles, y adoremos al Verbo, al Coeterno con el Padre y el Espíritu; al Nacido de la Virgen para nuestra salvación; porque se complació y aceptó ascender por el cuerpo a la Cruz, soportar la muerte; y levantar a los muertos por Su Gloriosa Resurrección.”

Tropario de la Santa Cruz (Tono 1)

“Salva, Señor, a Tu pueblo y bendice Tu heredad, concediendo a los Cristianos Ortodoxos, victoria sobre los enemigos y protege, por Tu Cruz, a Tu Comunidad”.

Kondakio de la Santa Cruz (Tono 4)

“¡Tú, que, por Tu propia Voluntad, fuiste levantado sobre la Cruz, concede Tu Compasión a Tu pueblo nuevo, llamado por Tu Nombre, Cristo Dios! Alegra Con Tu Poder a los fieles, dándoles victoria sobre sus enemigos; que les sea Tu Cruz un arma de paz y una victoria invencible”.

Carta de a los Gálatas (2:16-21)

Hermanos, conscientes de que el hombre no se justifica por las obras de la ley, sino sólo por la fe en Jesucristo, también nosotros hemos creído en Cristo Jesús a fin de conseguir la justificación por la fe en Cristo, y no por las obras de la ley; pues por las obras de la ley nadie será justificado. Ahora bien, si buscando nuestra justificación en Cristo, resulta que también nosotros somos pecadores, ¿estará Cristo al servicio del pecado?

¡De ningún modo! Pues si vuelvo a edificar lo que una vez destruí, a mí mismo me declaro transgresor. En efecto, yo por la ley he muerto a la ley, a fin de vivir para Dios: Con Cristo estoy crucificado: y no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí; La vida que vivo al presente en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a Sí mismo por mí.

Santo Evangelio según San Marcos (8:34-9:1)

Dijo el Señor: “Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por Mí y por el Evangelio, la salvará. Pues ¿de qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si arruina su vida? Pues ¿qué puede dar el hombre a cambio de su vida? Porque quien se avergüence de Mí y de mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, también el Hijo del Hombre se avergonzará de él cuando venga en la gloria de Su Padre con los santos Ángeles”. Les decía también: “Yo os aseguro que entre los aquí presentes hay algunos que no gustarán la muerte hasta que vean venir con poder el Reino de Dios.”

San Siluan del Monte Athos (24 de septiembre)

El próximo miércoles 24 de septiembre nuestra Iglesia celebra la memoria del Santo patrono de nuestro Padre y Arzobispo. San Siluan se llamaba Simeón Antonov. Nació en el año 1866 en una aldea en Rusia. Llegó al Monte Athos en 1892, fue tonsurado monje en 1896 con lo que se le cambió el nombre a “*Siluan o Silvano*” y tomó la “*Sjima*” en el año 1911 (en la Iglesia Ortodoxa el monje recibe una nueva prenda llamada “*sjima*” con la cual sus votos de vida son mucho más severos). Cumplía su obediencia en el molino del monasterio del Viejo Rusik, y estaba a cargo de la economía. Falleció el 24 de septiembre de 1938, hace 70 años.

Simeón en su juventud trabajó como

carpintero en una estancia en donde rezaba mientras trabajaba. Sintió el deseo de ser monje y entregar su vida a Cristo. Le pidió a su padre permiso para ingresar en el Monasterio de Lavra en Kiev pero este se lo negó. Simeón cayó en el desanimo y siguió su vida como cualquier otro joven.

Su familia era grande: tenía 5 hermanos y 2 hermanas. Los hermanos mayores trabajaban con el padre. El primer llamado a la vida monacal comenzó a desaparecer de su alma. Pero Dios lo llamó de nuevo. Una vez, después de vivir indecentemente, se durmió y vio como una serpiente entraba por la boca en su interior. Sintió un fuerte asco, se despertó y al mismo tiempo escuchó las palabras: “*Tu tragaste en el sueño la serpiente y te dio asco; así a Mí no Me gusta ver lo que estás haciendo.*” Simeón no vio a nadie, solo oyó la voz que por su hermosura era totalmente singular. Según la indudable convicción de San Siluan en los años de su madurez esta había sido la voz de la Madre de Dios. Hasta el fin de sus días, le dio gracias por haberlo visitado personalmente para salvarlo de la caída.

Este segundo llamado, ocurrido poco antes del servicio militar, decidió la elección de su futuro camino. Un cambio radical sucedió en su vida. Simeón sintió una profunda vergüenza por su pasado y empezó a arrepentirse ante Dios. La decisión de entrar en un monasterio, después del servicio militar, se duplicó.

Simeón, como lo había decidido su padre, ingresó al servicio militar en la Guardia Imperial. Llegó allí con mucha fe y arrepentimiento y no dejaba de pensar en Dios. En el ejército lo querían mucho como a un soldado de buena conducta, y los compañeros como a un fiel y agradable amigo.

Poco tiempo antes de terminar su servicio militar en la Guardia, Simeón fue a ver al padre Juan de Kronstadt, para pedirle sus oraciones. Como no lo encontró, le dejó escrita una carta. Siluan escribió: “*Padre, quiero hacerme monje, rece para que el mundo no me retenga.*” Regresaron a San